«Sólo vine a comprar pan»

Joaquín Guillén

Capítulo 1

Sucedió en Lima, un día como hoy hace algunas horas.

Salí de mi clase de teatro *empilado.* Como siempre, baje la calle Esperanza con *puchito* en mano y lentes de sol en plena noche. Y resulta que hay una pastelería a la vuelta de la esquina, antes de llegar al parque Kennedy: no sé si la ubicas. Bueno, la cosa es que pasé por ahí y al sentir un olorcito a pan recién horneado, se me antojó meter un poco las narices.

Entré y quién iba a imaginar que la chica de mi vida estaba comiendo una tartaleta de fresa en la mesa siete. Te explico, así es cómo ellas me matan: Cabello negro, ojos azules y culito ponedor. "Bebeshita", le digo. Ella me mira y seguro piensa: "Qué *chucha* se cree este serrano huevón". Y yo, así de frialdad, salí corriendo del lugar porque sabido es que al final del parque está la Tiendecita Blanca y afuera de la Tiendecita Blanca hay una seño que vende flores.

—Seño, urgente, necesitó las rosas más bonitas que tenga

—¿Cuántas va a llevar, joven?

—¿Cuántas lleva un hombre para pedirle matrimonio a la mujer de su vida?

—Eso depende —me dijo y puso cara de sabiduría

—¿De qué depende? —le pregunté, como Jarabe de palo

—De qué tan enamorado esté usted

Me cagó. Tuve que comprarle una docena completa. Y entonces volví a la pastelería, a la mesa siete. Me puse de rodillas. "Bebeshita", le digo.

—¡Ay no! —dijo ella y se cubrió el rostro

Los presentes sacaron sus celulares. Ya sabes, compadre, cómo se pone la gente cuando ve algo fuera de lo cotidiano. Las meseras dejaron de trabajar. Los comensales dejaron de comer. La vida dejó de suceder y súbitamente todos nos estaban mirando. Hasta el pan dejó de oler tan rico cuando ella puso cara de roche descomunal.

—No sé quién eres —empecé mi discurso—, pero te he visto bailando. Estamos en la misma academia, solo que en talleres distintos. Me gusta eso que haces con los pies y con las manos y también, por qué no, con tu

culito ponedor

—¿De qué estás hablando?

—De amor

—…lo siento, pero estoy saliendo con alguien más

—No importa, lo de nosotros puede ser un secreto. ¿Te gustan las rosas? —le dije y le di el ramo. Ella las tomó:

—Eres lindo, pero yo no creo en eso del amor a primera vista. Tal vez pienses que estás enamorado de mí porque te resulto atractiva físicamente, pero la verdad es que no tienes ni idea de cómo soy. Yo tampoco sé cómo eres…

—¡Qué inteligente sonó eso! ¿Quieres casarte conmigo?

Las meseras suspiraron detrás de sus bandejas. Una de ellas le bajó el volumen al televisor.

—No me estás entendiendo —dijo ella

—Te estoy entendiendo mejor que nunca

—No me casaré contigo

—Bueno, podemos ser solo convivientes

—Martín, la vida no es tan simple como crees—me encaró ella

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Es la tercera vez que me pides matrimonio

—¿*Khé*?

Hice memoria. En el jardín de infantes, la niña del columpio a la que se le veía el calzón de Hello Kity:

—¿Eras tú?

—Sí, era yo

Hice más memoria. En el *quino* de María Alejandra hubo una chica que bailó conmigo Caraluna de Bacilos:

—¿Eras tú?

—Sí —dijo ella—: La mejor canción de la vida, ¿recuerdas?

—La mejor canción de la vida —repetí

En cuestión de segundos, ate los cables sueltos. En el jardín, ella me tiró un cocacho y le escribió una nota a mamá en mi agenda: “Señora, su hijo es un aprovechador. Se pasa el recreo viéndole las faldas a las niñas de los columpios”.

En el quino de María Alejandra tuvimos un breve romance de una canción, que terminó muy pronto cuando a un *gil* de mierda se le ocurrió poner perreo intenso, y ella se cohibió: “Lo siento, yo no bailó esto”. Y luego su papá la recogió temprano porque a otro gil de mierda se le ocurrió prender un tronchito de marihuana y ella se asustó: “Lo siento, yo no soy así”.

Y entre tanta disculpa se me olvidó que ella era y siempre había sido el amor de mi vida; pero que yo, para ella, solo era un niño mira calzones o un chico con el que bailó la mejor canción de la vida una vez—en el mejor de los casos—, así que insistí:

—Te amo. Desde el jardín de niños, te amo. Te seguiré amando cuando nos encontremos en un asilo y yo te pida que me prestes tus dientes porque sin duda alguna perderé los míos en una apuesta

—¿Me amas tanto?

—Mucho

—¿Me conoces desde siempre?

—Sí

—Entonces dime cómo me llamo —me preguntó ella

Me cagó. No sabía cómo se llamaba. Nunca me pareció tan importante preguntárselo porque asumí que *yalasa*. ¿No te ha pasado, que hablas tanto con una persona y se agradan y luego se despiden y cuando estás echado en tu cama y pensando “qué hermoso conocer gente así”, se te ocurre que olvidaste preguntarle el nombre? Bueno, a mí me pasó. No sabía su nombre.

Agache la cabeza y salí de la pastelería, no sin antes pedirle las rosas:

—Intentaré devolvérlas —le dije

—Lo siento —se disculpó ella por última vez

Y así camine con el ramo de rosas hasta la Tiendecita Blanca. La seño:

—Lo siento, joven: Producto salido, nunca más recibido

—No es justo

—Claro que es justo. Imagine si no, qué sería de mi negocio si a cada chistoso que rechazan se le ocurre venir a devolverme las flores. Hágase hombre, nomás. Afronte y llévele las rosas a su madre

Y así subí al bus. Mire a esos chicos de allá, besándose como si el secreto de la felicidad estuviera enterrado en sus labios. Me puse sad. Cuando tú llegaste, me encontraste llorando y con estas flores, me preguntaste qué sucedió y yo acabo de contártelo. Y ojala me sepas comprender, compadre, porque esquina bajo y ya no nos volveremos a ver nunca más en la vida.

FIN

.....

(1) Empilado: Emocionado, exitado.

(2) *Puchito:* Cigarrillo

(3) Chucha: Aparato reproductor femenino.

(4) *¿Khé?:* ¿Qué?

(5) *Quino:* Fiesta por la celebración de los quince años.

(6) Gil: Opa, tonto.

(7) Yalasa: Ya la tengo, ya la hice.